

Luis Javier Moreno



Luis Javier MORENO (Segovia, 1946). Poeta y traductor. Licenciado en Filología Románica por la Universidad de Salamanca. Fue Becario *Fulbright* como invitado al “Internacional Writing Program” de la Universidad de Iowa (USA). Fue nombrado *Honorary Fellow* en escritura por la misma universidad. Es también *Master of Arts* por la Washington University of Saint Louis (USA) y cofundador y codirector de la revista *Encuentros*. Su obra poética publicada alcanza la docena de libros, entre los que destacan *Diecisiete Poemas* (1978), *En contra y a favor* (1980), *El final de la contemplación* (1992), *Rápida plata* (1992) o *Cuaderno de campo* (1996). En 2005, publicó una antología que recoge cuarenta años de poesía: *Poemas escogidos: antología 1965-2005* y últimamente *En contra y a favor* (2007) y *Segunda Antología 1967-2007* (2010). Con *Última argucia de la razón práctica* (1989) obtuvo el Premio de poesía Rafael Alberti. También ganó el Premio de poesía Jaime Gil de Biedma en su primera convocatoria con *El final de la contemplación* (1992), una obra que recoge su experiencia ante la admiración que provocan determinadas obras artísticas, al tiempo que supone una reflexión sobre el arte y el hombre. En su trayectoria aparecen poemas con una clara vocación esteticista junto a otros de tono coloquial y apego a la realidad. Según su coetáneo Miguel Casado, su estilo presenta rasgos generacionales como “su reflexión sobre la poesía, la decadencia y la mediocridad, que desemboca en la melancolía” contenida en “textos herméticos, llenos de ironía de tono reticente y elusivo, que buscan la impresión”.

Mezquita: interludio cordobés en el bosque de Schafberger

Anoche las imágenes de un sueño me arrastraron al bosque... Allí cambiaban el tono y forma de la fronda, su ancho, el riguroso enlace de colores bajo el exacto medio punto estricto que adoptaban las ramas por encima de un techo arcano, próximo a mis ojos. ¿He regresado a Córdoba? Dudaba. Tienen los nombres ciertos aires tristes cuando una boca triste los enuncia como mi percepción de Córdoba, insistente del blanco oscuro al rojo-feroz-rojo de un acanto que pierde por el suelo de pulida madera hojas caídas y las esconde tras los capiteles en apariencia de mujeres, hombres y animales confusos en razón de su cuerpo... Candorosa pereza de la carne, calvas cabezas, húmedas de llanto en el extremo duro del remate, que se dejan tocar, rubias melenas por donde el oro, lento, más progresa desde mí mismo, en las consolaciones de haber vivido no como yo quise sino como he podido... Silencioso. Reconozco esas trenzas, vientres planos, percance que acontece cuando no se le espera en el costado seco de la sangre, ése de un verso que no ha encontrado ritmo para el poema, límite y distancia, donde fluir... Así se hace visible el blanco en la deriva de los sueños donde lo que ya ha muerto y lo que vive son una misma cosa, un mismo cuerpo, en la metamorfosis del paisaje dejada por la ausencia privada de su atmósfera.

No son recuerdos, sólo analogía con un lugar distinto y digo Córdoba por la disposición del panorama, por la ternura de los ademanes, por la transformación y la belleza de las acciones y sus resultados...

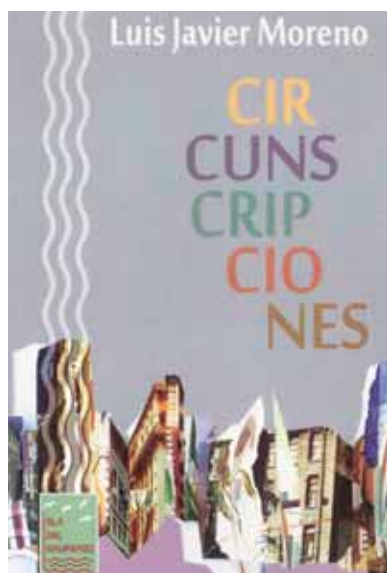
Es decididamente Córdoba, una tarde tibia de otoño, cerca del invierno, entre la verticalidad de las columnas con otros capiteles, desde el lado norte de la mezquita, ese otro bosque, propiciador de tanta maravilla, a que llegué en ocaso por el ángulo quebrado de un espejo cuya imagen era más bella que su asunto, enfrente, y mi sueño del bosque de Schafberger... Escuché cierta voz, como de insidia: todos los maricones fuman mucho y se curan con vodka las llagas de su mugre... Discurso desgajado de un poema, a veces carne, aroma de los troncos, que ven ponerse el sol febril de ocaso, recto olor (tecnológico) por roce transformador de mi perpleja vida.



Diacrónicamente (según recuerdo) el origen de mi escritura lo sitúo en la lectura de los poemas que las enciclopedias y libros de texto de mi infancia y juventud incluían. (...) Siguiendo el curso de la diacronía, un segundo móvil de esta actividad que comencé hacia los 12 años de mi edad, situaría el estímulo y la emulación: me explico. Por esos años tuve la suerte de contar entre mis profesores con un gran poeta, Jesús Tomé, cuya marcha a Puerto Rico, donde todavía vive, le apartó del circuito patrio-lírico. Tomé animó a sus alumnos a escribir, insistiendo en lo provechoso y noble de tal tarea; ni yo ni el benemérito poeta que Jesús Tomé era, debía ser consciente por entonces de la perfecta inutilidad de un género absolutamente prescindible. (1) mucho antes de que Karl Marx situase las actividades estéticas entre las *superestructuras* de la realidad. Después, creo, he seguido escribiendo poesía por la inercia que produce el ejercicio de una actividad que uno emprende con una cierta dosis de entusiasmo... Y así sigo.



La segunda cuestión: “Para qué escribo”, me sitúa en el ámbito de las intenciones, un terreno tan resbaladizo como confuso. Puede (y enlazo con el párrafo anterior) que la rutina puede, a veces rozar el entretenimiento, incluso una porción de gusto cuando los resultados, particularmente, me satisfacen...



Linz an der donau

Por su naturaleza no deberían los sitios asumir culpas, responsabilidades de quienes humillaron sus espacios-rostros con cicatrices que los maquillajes sutiles-cuidadosos no revocan.

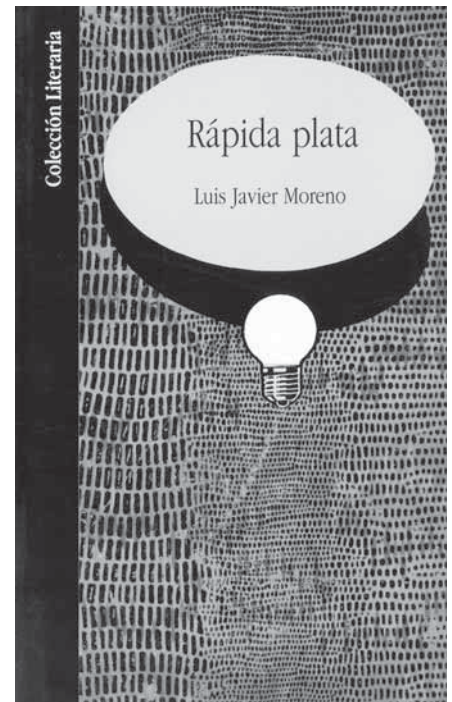
Detrás de los espejos, en su óxido, un arrebató de tragedia alienta en el umbral de su enmascaramiento.

En la cara de Linz un surco cruza de verde pus: ser la ciudad de Hitler, ese engendro, acuarelista pésimo, que cuando empezó malva acabó malva, muro sobre las flores arrumbadas en el insomnio de su horror-pintura, visible mordedura de la fiera.

Desconozco si el río-azul-Danubio lo ha sido en Linz... Jamás en esta zona de su margen derecha, hacia la altura de Nibelungenbrücke, frente al puente, en el nº 6 de Untere Donaulände, por donde 20 chinos huían de 2 chinos y veía “el bastardo” el curso lento de las aguas pacíficas del río con los reflejos-Hitler en 100 bolas de un reluciente abeto navideño, mientras planificaba el fin del mundo a la deriva de un futuro impávido.

Se asomaba la noche a sus pupilas ratificando oscuros vasallajes y entregar el planeta a fieras ratas, untado de una crema de queso, para que no quedase casa indemne. Inquieta Lucifer-Hitler: ¿Hay alguien que se atreva a contar los días de mi vida? Sistemático máximo, el imbécil de Linz temía... Había ya agrietado los frescos de Altomonte en una de sus bárbaras visitas a St. Florian de turista palurdo, tan germánico (cuánto) y decidido a convertir a Linz en la moderna y más monumental ciudad del Reich, deshaciendo sus círculos de bóveda. Ni siquiera Anton Bruckner, voz ardiente, neutralizó esos humos ácidos con su obra, donde la transitoria eternidad no cambia

una realidad en otra... ¿Cómo hacerlo
(*Treue um Treue*, dementes compasivos)
si la fiera legaba basuras y ceniza,
latas mugrientas, cáscaras de huevo,
el modo en que los sádicos quebrantan
el frágil cuello de las aves frágiles?
¡Cuanto, Linz infeliz, has soportado,
austroalemana, que te arrojó Hitler
hacia la vejación de su ignominia
como si del paisaje un rito fuese,
demostrador de cuanto puede un loco,
decidido a matar, poner en jaque
con sus chinches al manto de la tierra,
como quien baila un vals frente a la galería
entre los desperdicios que la rondan!



En cualquier caso no deja de ser un ejercicio extraño donde, además del aspecto lúdico de la actividad, nos introduce en ámbitos cuyos componentes son tan variados como los sujetos que lo ejercitan: unos intentan llamar la atención, otros conquistar a una mujer, otros para celebrar un acontecimiento (la vida e incluso la muerte), otros intentan explicar el mundo (su mundo, al menos) y progresar en el conocimiento de sus complejidades, incluso (ingenuidad suprema) no deja de haber quien cree obtener fama y dinero por las trochas de la lírica... Ignoran que la fama y la riqueza se obtienen por otras vías y otros procedimientos menos inocuos y escrupulosos que rellenar cuartillas en líneas discontinuas, desde la regularidad vertical del margen izquierdo a la irregularidad del derecho.

Máximo Hernández



Máximo HERNÁNDEZ (Larache, 1953). Desde 1960 reside en Zamora. Es autor de los libros de poemas *Ceremonial del tiempo* (Lisboa: Edições Tema, 1998), *Ciudadano Humo* (Iria Flavia: El Extramundi y Los cuadernos de Iria Flavia, 1999), *Matriz de la ceniza* (San Sebastián de los Reyes: Universidad Popular, 1999), libro por el que obtuvo el Premio Nacional de Poesía José Hierro de 1998, *La eficiencia del cielo* (Cambrils: Trujal, 2000), *Zoológico* (Barcelona: La poesía, señor hidalgo, 2004), y, finalmente, *La conspiración del dolor* (Lanzarote: Cílope Editores, 2007). Además, sus versos han sido publicados en diversas plaquettes, antologías, poemarios colectivos y revistas de creación literaria, nacionales y extranjeras. Codirigió durante los años 1994 y 1995 las Aulas de Poesía de la Escuela de Sabiduría Popular de Zamora. Miembro fundador de la Asociación Cultural Lucerna (Zamora), formó parte del Consejo Editor de la misma hasta su desaparición (1995-2002). Igualmente fue miembro fundador de la Asociación Literaria Magua (Zamora) y formó parte de su Consejo Editor, así como del Consejo de Redacción de la revista literaria Perenquén (Fuerteventura). También ha formado parte del Seminario permanente Claudio Rodríguez y del Consejo de Redacción de la Revista Aventura.

Rescate de un ahogado (III)

A Tomás Sánchez Santiago

Cada vez que rescato un cadáver del agua
lo primero que miro son sus ojos perdidos.

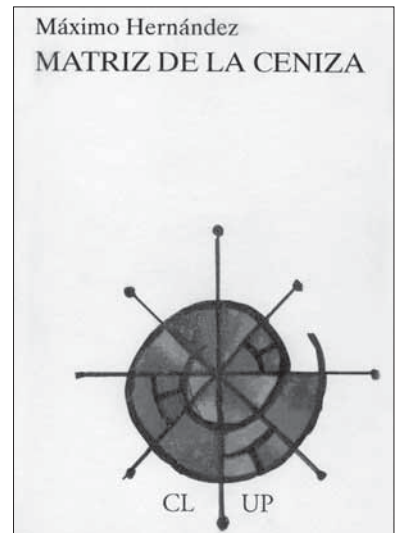
Cuando repudia el día la lunar geometría
y el caracol del alba eleva sus instintos
hacia la claridad azul del horizonte,
pretenden los ahogados
rendirle pleitesía al rey de los sargazos.
Yo los conozco bien y espero a que aparezcan
en esas horas frías que anuncian la alborada.
Se bambolean, ocultos, en una danza lenta
que demuestra abandono en toda su extensión
y de repente giran como cubas absurdas
mostrando al niño sol unos ojos de olvido.
Entonces los contemplo en su esplendor amargo
y ya no están, no hay nada, allí no queda nadie.

Cada vez que rescato un cadáver del agua
confirmo la premisa que establecen sus ojos:
vivimos solamente para anotar las pérdidas.

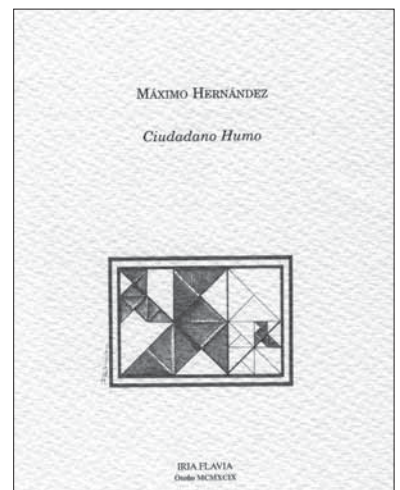
Kamikaze

Han sido las plegarias finalmente atendidas
y un huracán divino acude en nuestra ayuda.
Gira el mar en su lecho, los mongoles navíos
son un recuerdo vivo en los libros del tiempo.
Los ojos de mi madre sujetan una lágrima,
dicen: honor, deber, antepasado, historia.
Nada importa en la vida más allá de la muerte.
Mi padre dice viejo, mientras tiemblan sus labios
dicen en ti confío, mientras tiemblan sus manos
dicen emperador, ocupa mi lugar,
recuerda tus hermanos, patria, venganza, honor.
Nada importa en la muerte más allá de su forma.
Como un viento divino atravieso los cielos,
mi madre dice honor, mi padre dice patria,
cargado con mi vientre de explosión y de fuego,
mi madre dice patria, mi padre dice honor,
cargado con mi muerte, mi padre dice viejo,
cargado con mi miedo, dice si yo pudiera,
en el mar los mongoles, es un acorazado,
dice viento divino, si yo pudiera huir,
es un acorazado, antepasado, historia,
dice, cargado, madre, cargado con mi honor,
con su honor, dice, padre, con miedo digo muerte.

(De *Matriz de la ceniza*)

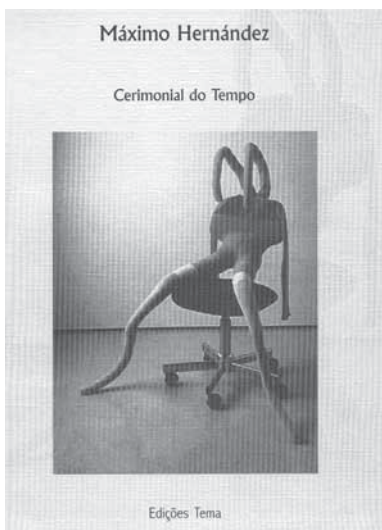


Comprender el mundo en el que me encuentro inmerso y mi relación con esa realidad que me circunda. Es esa necesidad de entender y de entenderme la que pone en marcha el mecanismo de introspección del que nace el poema. Ese intento de profundización, realizado desde la palabra poética, cuyos componentes siempre son inciertos, debe más a la intuición que al raciocinio.





El poema siempre es una aventura, una búsqueda. El poeta es como un rastreador silencioso que busca en cada huella, en cada diminuta señal de la realidad que lo circunda, la verdadera identidad de la palabra que persigue. Pero, la poesía es el reino de la imposibilidad, el territorio del intento, el desierto del logro. Instalados en la ilusión de alcanzar la palabra definitiva, siempre nombramos desde la precariedad.



La nervadura del silencio

A Ángel Fernández Benítez

I

El que resiste,
como el musgo soporta
el peso de la piedra,
como el hilo de la tela de araña
del que cuelgan habitación y mundo,
como la vida,
cree que el puente aguanta
porque sobre sus hombros lo sostiene
la corriente del agua,
la alta respiración que la palabra otorga.

II

He llegado a la lengua de trapo
de la canción del cisne,
al colmillo de hielo del guepardo,
al cuchillo que raya el metal y la noche,
y no he hallado allí ni mi voz ni mi aliento.
Mi mano, sola,
sin un abecedario donde poder vengarse,
es quien estaba allí.

III

Esta es la hora del insomnio,
del vacío lugar donde la luz no suena,
donde traza el dolor su sorda ruina:
una red de silencio
urdida con palabras aún no dichas,
no inventadas siquiera.
La voz así tejida,
la que nada desea,
sólo espera el final del tiempo
y de la historia.

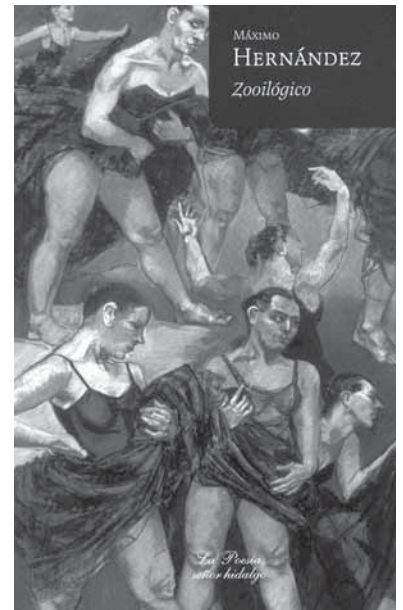
IV

Así lo irreparable.
Por el cauce amarillo del dolor,
desliza el tiempo su mercurial caída.
En cada instante que huye,
con su llama de ruidos,
derrotada por su conspiración
pierde mi voz
la ocasión de decir,
pierde mi corazón
la postrera ocasión
de ser en la palabra.

V

Se han quebrado las hojas del árbol de papel
allá donde se borra el corazón y, acaso, el tiempo.
Justo en la nervadura del silencio.
No queda ya del cuerpo ni la piel ni la pulpa.
No queda nada que añadir.
Enfrente, en la pared,
la cal desaparece.
Se transforma en espejo, pero no me refleja.
Quizá es que ya no soy.
Viva, la cal, ha borrado mi muerte.

(De *La conspiración del dolor*)



He procurado que en mi poesía haya un compromiso ético con el ser humano y con la palabra. En el centro del poema, siempre se encuentra el hombre, sus preocupaciones vitales. Trato de indagar en ellas hundiéndome en la palabra, de la que no me interesa tanto su belleza, como su capacidad para arrastrarme hasta el fondo de la realidad. Comprendo que, a veces, no es posible salir indemne de ese viaje. La condición de ahogado es el riesgo que debe asumir quien se adentra en aguas profundas y desconocidas.

Esperanza Ortega



Esperanza ORTEGA, (Palencia, 1953). Entre sus libros de poemas sobresalen *Mudanza* (Ave del paraíso, 1994), *Hilo solo* (Visor. Premio Gil de Biedma, 1995) y *Como si fuera una palabra* (Lumen, 2002). Su última obra poética se titula *Poema de las cinco estaciones* (Ed. El gato gris, 2007), libro-objeto en colaboración con los arquitectos Mansilla-Tuñón. Ha publicado una antología de su obra poética titulada *Lo que va a ser de ti* (Plaza Janés, 1999). Su último libro, *Las cosas como eran* (Menoscuarto, 2009) pertenece al género de las memorias de infancia. Recibió el Premio Giner de los Ríos por su ensayo *El baúl volador* y el Premio Jauja de Cuentos por *El dueño de la Casa*. Es autora de una biografía novelada del poeta "Garcilaso de la Vega" (Ed. Omega, 2003) Ha traducido a poetas italianos como Humberto Saba y Atilio Bertolucci además de una versión *del Círculo de los lujuriosos* de La Comedia de Dante (Segundo Santos Ed. 2008). Entre sus antologías y estudios de poesía española destacan los dedicados a la poesía del Siglo de Oro, Juan Ramón Jiménez y los poetas de la Generación del 27, con un interés especial por la obra de Francisco Pino. Su obra poética figura en numerosas antologías, entre las que destacan "Las islas extrañas. Antología de la poesía en lengua española (1950-2000)" y "Poesía hispánica contemporánea", ambas publicadas por Galaxia Gutenberg.

Apenas es
el pliegue que se ondula
un ave imaginada
en tu regazo es
o el roce o el adiós entre el tumulto
el suave movimiento que te anuncia
que el barco va a zarpar

no ha encontrado unos brazos
que lo eleven al paso del desfile
y ya desaparece
esta muerte pequeña
avicinada en las palabras que se callan
que te lleva la mano cada día
para que firmes una rendición

débil
informe
compañera prudente que ahoga las promesas
pero tenaz
el suave parpadeo
apenas es

(De *Mudanza*)

Como una lágrima
oscura
la noche sobre el día

¿rodará entre la hierba
tu dolor?

como dos frutos tiernos
caídos de sus ramas

así lloran tus ojos

-Ven
introduce la mano
en el saco de leña-

ni un día sin regresar a la cita del bosque
al arrullo del lobo
que se compadece

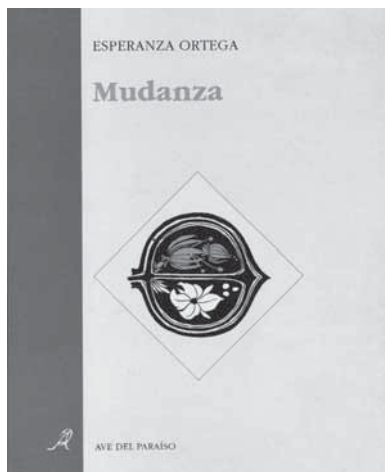
donde callan austeros
los minutos
y donde sobrevive
la niña que no acierta a abrir los postigos

sin aventar las sábanas
dobladas
en púdica promesa de calma pensativa

ni un día sin asomarte a las almenas
-ven
mira cómo galopan
los jinetes-

(De *Hilo solo*)





Algo sucede
algo asciende en silencio
por estas escaleras

sus ojos no lo ven
aunque sienta en los pies el roce súbito
de aquel viejo zapato

ahora
una mano se abre
un corazón renuncia a respirar

y allá arriba responde
el habitante del tejado

el limpio buhonero
aguarda
sobre el mástil

el que extiende los toldos amarillos
el que vierte la arena cada día

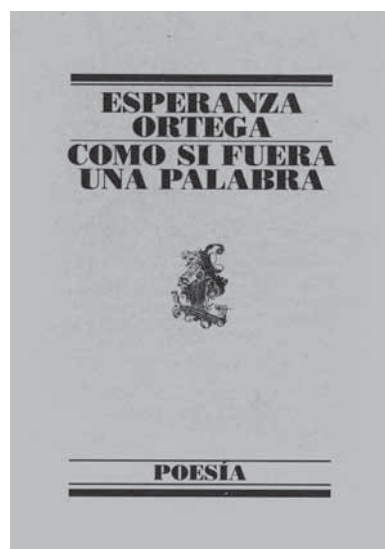
como un sapo debajo de la hoja
sostiene con sus manos este cielo

¿y el vino dentro de las cubas?
¿y la veta de oro?
¿para quién?

¿a qué lugar señala
la veleta encendida?

ella contesta sin sus labios:
¿sabes?
el limpio buhonero
está cantando para mí.

(De Como si fuera una palabra)



En la aurora sin sombra
como la alondra
para vivir

a la humildad sin brillo
del verdecillo
hay que bajar

arriba hacia el candor
del rruiseñor
hay que subir

y no decir
nada

no hay que escalar
a las estrellas
para crecer

no hay que inventar
ningún destino

para existir

no hay que saber

hay que olvidar

y no decir
nada.

(De *Canciones del jardín*. Inédito)

ME PREGUNTAN POR QUÉ Y PARA QUÉ ESCRIBO

Otra vez
la mano sobre el papel

como el vuelo del pájaro sin bandada o
destino
escribo porque nadie me lo pide
(me gusta imaginarme que me lo pide
el mar
o esta hormiga tan sola en medio del
mosaico)

imaginar
que escribo para que exista otra colina
detrás de la colina

pero escribo
porque escucho en la noche
los labios sepultados bajo los
escombros

y para que las voces de mis muertos
no suenen a lamento de gusano-
fantasma

para que sea de nadie su silencio sin
sombra
para eso escribo

para que al despertar me espere otra
palabra
que no voy a decir

como el vuelo del pájaro sin bandada o
destino

para no decir nada
para cerrar la puerta
sin tener que explicar por qué escribo

(y sin embargo
permanecer adentro
guiar sin horizonte la barca de los días)

César Augusto Ayuso



César Augusto AYUSO (Reinoso de Cerrato, Palencia, 1954) es autor de las siguientes obras de poesía: *Afirmación del hombre*, Premio del Ateneo de Santander (Rocamador, 1980); *La noche ama su sombra*, Premio Internacional de Poesía Religiosa del Ayuntamiento de Burgos, 1985; *Las verdades del trigo*, Premio "Antonio González de Lama" del Ayuntamiento de León, 1992; la plaqueta *Compostela*, 1993; *Luz de nieve* (El toro de granito, 2001); *Variaciones de abril*, Accesit al Premio "Gil de Biedma", (Visor, 2006) y *Respirar de los días* (Anejo de Milenrama, 2008). Según se ha escrito "su poesía nace, sobre todo, del contacto y la contemplación de la naturaleza, y, más concretamente, de la desnudez castellana. La luz, el silencio, el paso imperceptible de las horas lo impregnan todo. Esta poesía es canto que, con honda y contenida emoción, expresa la orfandad del hombre ante el misterio y fascinación de la naturaleza y la sumisión al tiempo". Edita y dirige en Palencia la revista de poesía *Milenrama*. Ha publicado también numerosos trabajos de investigación y crítica literaria, y los libros *El realismo mágico. Un estilo poético en los años cincuenta* (El toro de barro, 1995); *Palencia en la literatura* (Cálamo, 2000) y *El ala en la meseta. Antología de poetas de Castilla y León* (Cálamo, 2003). Ha traducido en distintas revistas a poetas franceses, italianos y portugueses.

Como la luz argenta los olivos
y los hace inmortales
bajo este cielo, cúpula
alzada, de Valldemosa,
camino de Deyá, donde descansa
Robert Graves para siempre,
el mar a un lado...

Como la luz es cierta
esta mañana de domingo, y rosa
la flor de los almendros,
y hay cipreses
de larga sombra oscura,
y, abierto, el mar expande
su claridad azul,
y en torno a ti
sólo hay lejanía...

Como la plata bruñe los olivos
bajo la luz de enero,
y todo es verde, solícito y hermoso,
y viéndolo estás tú,
dulce, serena, callada,
inútilmente...

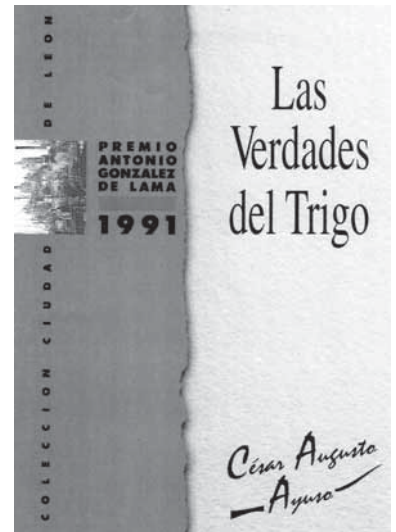
(De *Luz de nieve*)

Silban los tordos fuera, en la mañana
que empieza a despuntar con un sol nuevo,
y un resquicio de luz entra en la alcoba
con sus agudos y encendidos cantos.
Otra cosa, en cambio, es lo que veo
al subir la persiana y asomarme
más allá del cristal.

El lilo calla, pero en él refulgen
racimos de esplendor, flores de encaje
y un intenso dulzor de azul de cera.
Crepitan como un fuego fresco y dócil
ante el verde desnudo de las hojas
y en el aire se mecen, como besos
de adolescentes labios que se inmolan
en la luz estrenada.
Gemas pujantes son, alas de seda
de innumerables mariposas pálidas
que se despliegan como en un relámpago.

Colgada de mis ojos se ha quedado
la gloria de las lilas, y no existe
ya nada más -ni pájaros ni horas-
esta mañana que su luz trasluce
en la mudez que es sólo llamarada,
pináculo o enjambre malva o lila.

(De *Luz de nieve*)



Me es difícil definir la poesía, y aun por qué escribo poesía. Como la vida, se vive sin más, se hace al hilo del acontecer, sin necesidad u obligación de apurarla conscientemente.

En la poesía hay (siento) una llamada especial de la palabra, del encanto del mundo, y de la vida, que en toda su ambigüedad de certeza e incertidumbre, de revelación y misterio, se me impone. Por eso, creo que el poeta es un desvelado de la palabra, que busca con (en) ella arrojar algo de luz en el entorno, y quiere penetrar más adentro, desplazar la sombra que oculta o desfigura lo real. Así, accedo a ella como si fuera una promesa de claridad, o una brújula para orientarme; pero sucede, la mayoría de las veces, que buscando en ella guía, liberación o consuelo, encuentro otra duda inquietante, un desasosiego mayor, como si nuevas puertas se abriesen a un pasillo interminable abocado al enigma.

(gorrión)

I

EN la fragilidad
siembra sus sílabas

ese gorrión que canta.

Su pío quejumbroso
se deshace
como cera muy dócil.

Insistente, me asedia.

En las tejas
es ley su arpegio,

cuarzo de lumbre cenizosa.

De pluma leve,
de ojo asombrado,

reja de arado es
que abre el desconsuelo.

La luz rompe
su rictus enigmático
de muy triste Gioconda.

Si de noche fuera
sería Aldebarán,

o flor cortada
de melancolía.

Solitario, resiste,

y si vuela se inflama

de más pálido azul.



II

SU hueco de algodón

una espina de leche
en el aire clavada.

¿Será la libertad
la odisea
de un pájaro que alumbra
su don en lo sombrío?

El eco en la alacena
vacía.
Su gracia candorosa
oculta,
extraña.

Así las horas
no salen de su error.

Se hace opaca
la visión de lo inerte.

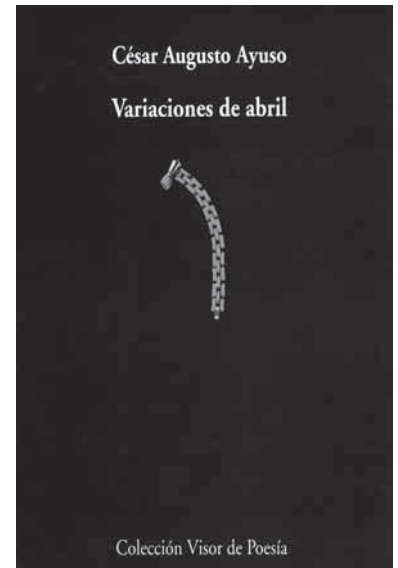
Era bálsamo
la compañía de su silabario.

No sólo el cautiverio,

el precio de la vida
es el candor.

Es esta nieve que te falta.

(De *Variaciones de abril*)



Como los espejos, la poesía no nos transfigura, sólo nos devuelve la vaciedad de un gesto, la ansiedad de ser otros. O es que nos define, simplemente, como animales temporales que quisieran no serlo; o dejar de serlo por encomendarse al espejismo de las palabras.

Julián Alonso



Julián ALONSO. (Palencia, 1955). Licenciado en Geografía e Historia. Su actividad creativa se dispersa por diversos medios (radio, prensa, exposiciones de fotografía y poesía visual, diseño gráfico, coordinación de publicaciones y eventos culturales, etc). Su obra, figura en varias antologías y obras colectivas y ha publicado, entre otros, el libro de relatos radiofónicos *República de los Sueños* (1991), los de poesía *Diario de Abril* (1992), *Arquitextura* (1993), *Trampas de la memoria* (1999), *Veranos* (2001), *Puntos de Sutura* (2003) *Pasos en la arena* (2008) ..., los dípticos *Café* (con L.E. Aute) y *El tiempo es un pájaro amarillo* (con Pablo Guerrero), los de poesía visual y experimental *Collage poemas* (1993), *Disolución* (1994), *Diez poemas banales* (1997). *Disidencias* (1998), *Pentagrama* (2000), *Lengua de máquina* (2004), etc. En el CD-Rom *Golpes de Viento* (Palencia, 2004), se reúne prácticamente toda su obra visual, excepto la fotográfica. Entre sus propuestas colectivas, destaca la caja de poesía visual *Señales de humo* y el CD-Rom *Tod@s... o casi tod@s* (muestra de poesía visual, experimental y mail-art en España, que reúne más de 160 autores). Traducido a varios idiomas, colabora con el diario "El Norte de Castilla" y en revistas culturales diversas, habiendo sido distinguido, entre otros, con el "Premio de Periodismo Mariano del Mazo" de la Diputación de Palencia en 2001. Actualmente es coordinador editorial del proyecto cultural FORCAL. Es miembro de ACYLCA (Asociación Castellana y Leonesa de Críticos de Arte), AECA (Asociación Española de Críticos de Arte) y A.V.A. (Artistas Visuales Asociados Castilla y León).

<http://perso.orange.es/juferal38>

Calle Mayor

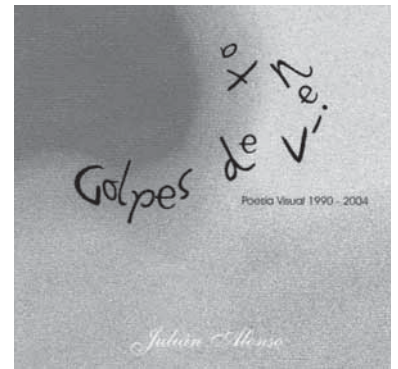
Con lento tomavistas
repasas las fachadas
de la Calle Mayor,
el balcón oxidado
en que no reparabas,
la oscura galería
de los cristales rotos
donde reina el pasado
y la devastación,
los atlantes de yeso
sustentando la tarde.
Te preguntas por qué
no te fijaste nunca
en aquella ventana
de raídos visillos,
el rótulo anticuado
de la ferretería,
las repetidas placas
del "Seguro de incendios",
los números tachados
de los viejos portales
tenazmente cerrados.
Detienes tu periplo
en el escaparate
que refleja la imagen
de un ser desconocido
con tus mismas facciones.
Le miras a los ojos.
Piensas que la ciudad
envejece contigo.

(Del libro inédito *Estas piedras*)

Camareras

Como un arcángel leve, se deslizan
sin posar en el suelo
sus pies de bailarina.
A veces, te preguntas si serán de este mundo,
si son de carne y hueso,
si esos ojos de sueño,
que clavan insolentes
en tu rostro azorado,
son puertas que conducen a paisajes lejanos.
Quisieras columpiar en su sonrisa,
arder en el incendio de su pelo rojo,
cruzar ese desierto
de rubias intenciones,
irrumper en la noche, más allá de la noche,
de sus negros cabellos,
mas, no pueden ser ciertas.
Realidad virtual, las tocas y se esfuman
entre el humo del bar.
Te dejan de recuerdo un plato inoxidable,
y un güisqui en vaso alto.
A veces la cirrosis
con que acabar tus días.

(Del libro inédito *Poemas del perdedor*)



Ante la pregunta de para qué escribo, sólo se me ocurren lugares comunes: ¿necesidad vital, afán de notoriedad, afición, obligación, deseo de expresar sentimientos profundos, pasar a la posteridad, aprovechar el tiempo? En realidad no sabría decirlo. Simplemente me dejo atrapar por ese animal huidizo que llamamos imaginación y escribo un poema, un artículo o un relato, del mismo modo que compongo poesía visual, diseño una plaquette, hago una fotografía o elaboro el proyecto de una exposición o un libro. Todo ello, junto o por separado, siempre que me lo pide el cuerpo y el tiempo lo permite.



El fracaso es un río de aguas estancadas.
Alguien te arrojó al agua, y más valiera
que te hubieses ahogado lentamente,
con mansa aceptación, sin resistencia.

Te debates ahora sin saber con certeza
lo que va a ser de ti en estos tiempos
de niebla y desazón. Sólo ves sombras
danzando a tus espaldas, mariposas
de alambre en un cielo sin luz.

Y quisieras llorar pero no puedes.
No quieres aceptar ese silencio
que se instala en tu pecho sin llamarlo.

Te gustaría gritar, pero no sabes
dónde se esconde el grito, su refugio
secreto, el lugar de la sangre.
La ciénaga te oculta y estás solo.

Sin embargo hay algo que tengo muy
claro a la hora de escribir y es que, ca-
da línea que consigo plasmar sobre el
papel es una manera de aprendizaje y
nunca doy un trabajo por terminado.

(Del libro inédito *Calles deshabitadas por la lluvia*)

“Quedará de vosotros lo que queda
de los que vivieron antes”

(Lucrecio)

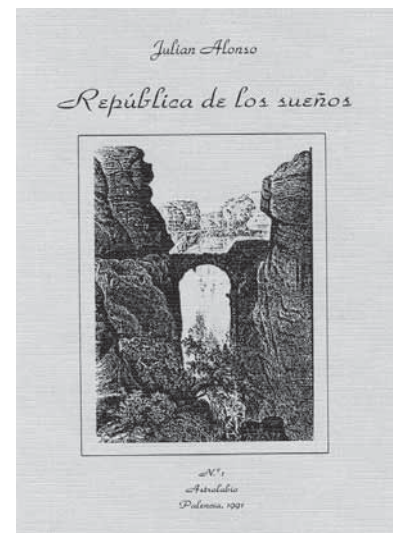
Descubrimos un día que todo es ya recuerdo,
que el presente es un roce fugaz, imperceptible;
el futuro, aquel aire que acaso traiga lluvia.

Y yo a merced del tiempo
a la deriva
mi cuerpo naufragado.

Preguntamos entonces qué será de nosotros,
si permaneceremos en alguna memoria
o seremos ceniza tan sólo,

paja al viento
que abonará la tierra,
el eco de un sonido perdiéndose en la noche.

(Inédito)



¡Pobre de mí si algún día llegara a pensar que sé escribir!. Confieso que hago lo que puedo y trato de ser todo lo honesto que me es posible. Ojalá lo esté consiguiendo.

María Ángeles Maeso



Ratas

Es seguro que ese ruido es de una rata.
De las que comen carne. O recuerdos.
El otro también.

Puede que se lleve un trozo de ti.
De tus pies dormidos
sobre una orza de aguamiel.

A cambio puede que te dé su rabia.
Un poco no, toda su rabia
contra tanta oscuridad.

Yo le busco las cosquillas y le llamo hermana
rata, hermana rata muérdeme.
Un poco no, toda tu boca en mi boca,
tu lengua toda en mi oreja,
vamos, hermana rata, vacía todo tu grito en mí.

Apenas mido un metro y medio más que tú,
pero alcanzo los cien metros
hacia arriba y hacia abajo
si tu grito me traspasa.

Dame tu soplo, hermana rata,
tus cien metros de bronquial silbido,
tus cien metros de esófago,
tus cien metros de jadeo estomacal.

Muérdeme, hermana rata, y dime de una vez
qué cosas quise al romperse el día.

Cuando cada blasfemia era más fuerte
que las lágrimas.

(De *Vamos, Vemos*)

M^a Ángeles MAESO (Valdanzo, Soria, 1955) Es Licenciada en Filología Hispánica) *Años atrás, profesora de Lengua y Literatura en diversos Centros de Educación Secundaria; coordinadora de programas socioculturales en campos de marginación social; colaboradora del Instituto Cervantes, con artículos sobre lenguaje; miembro de equipos editoriales para la elaboración de guías didácticas. En la actualidad imparto talleres de Creación literaria por diversos centros culturales y clases de alfabetización en programas de integración social. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Sin Regreso*, Primer Premio de Poesía "Jorge Manrique" 1990, Obra Cultural de Caja España, Palencia, 1991, *Trazado de la Periferia*, Editorial Vitruvio, Colección Covarrubias, Madrid, 1996. *El bebedor de los arroyos*, Ediciones Huerga y Fierro, Madrid, 2000. *Vamos, Vemos*, Primer Premio de Poesía León Felipe, Editorial Celya, Salamanca, 2003 y *Basura mundi*, Huerga & Fierro, 2008. Y los de narrativa *La voz de la Sirena*. Primer Premio del concurso "Teresa León" Junta de Castilla León, 1986: *Los condes del No y No* (infantil) Editorial Mare Nosttrum, 2006 y *Perro*, Ed. Huerga y Fierro, Madrid, 2004.

Un lilo sale por el tejado

Fue el árbol antes que la chabola.
Por eso cabe tanto pregón de flor:
¡Bienaventuranza en la meseta
de la basura!

Son lilos.
Nacen de no se sabe dónde
y suben desde siempre por su mes de abril,
que es suyo a rajatabla.

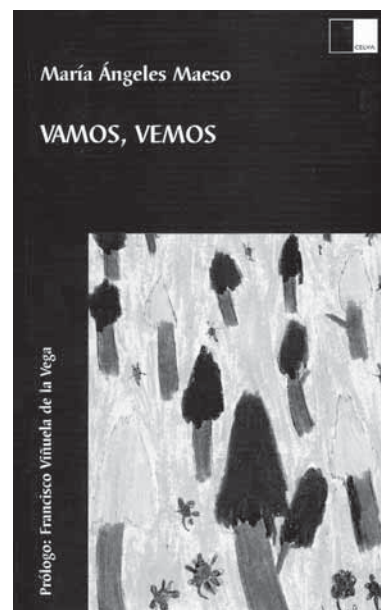
Ni siquiera se han preguntado si podrán.
Nadie lo hace, si hacia atrás hay ratas
o gatos que cortan el aliento.

Suben y tienen mucho que decir.
Se han roto unos pocos dedos y no importa:
Un árbol roza la catenaria del tendido eléctrico
y no es una plegaria.

Es un lilo dispuesto a todo.
Hace en los charcos
un gran eco su morada sombra.

¡Cómo la oigo!

(De *Basura mundi*)



-No sé por qué empecé a escribir. Lo hago desde los 11 años, cuando ingresé en el primer internado. Haya o no alguna relación, podría haberlo dejado al salir del último, con 17, pero no lo hice. También podría "quitarme" en cualquier momento, pero no lo intento porque de eso ya se encargan los fabricantes del hambre y la necesidad. Y porque:

-Suelo decirme, con Marcuse, que *el arte conserva la memoria de las cosas no alcanzadas, mediante una promesa de felicidad*; que entre esa memoria y esa promesa se sitúa la labor del poeta.

-Porque creo que el arte tiene su razón ser en la medida que representa el sufrimiento del mundo y la poesía deja constancia de que el dolor tiene también su raíz social e histórica; que el malestar individual está en relación con el colectivo.

-Y sobre todo porque, la palabra inspiración proviene del Latín: spiritus, aliento, deseo de respirar en libertad. Pero eso lo explica Ginsberg mucho mejor.

María Ángeles Maeso
Basura mundi



Como si fuera pájaro

*El asesino, virtual;
las balas,
virtuales;
la cabeza,
real
mente
destrozada.*

(Salustiano Martín)

Tú, que te mueres por decir *nosotros*,
prueba con el puñado de esdrújulas
que cada mes se caen con los ojos
empapados de vértigo y cemento.

Esta vez la viga de hierro le ha partido
el alma y todo lo demás
a uno de los nuestros. -Déjalo así.

El que *subió a la construcción como si fuera único*
tenía una edad como la tuya,
igual número de hijos,
tu mismo contrato temporal
y una jornada tan completa como tú
de piedra y máquinas al aire.

Cualquiera muere a contramano interrumpiendo
el sábado. Cualquiera, vislumbrándose de tierra,
dice *nosotros* y queda igualado.

Pero antes, en vivo, ¡qué falso el falso suelo!
Qué postizamente suena ahí mismo:
en las paredes tímidas del vecino,
prójimo devuelto a tembloroso pajarito
de olfatear grisú,
a ranita detectora del génesis,
a mula camicace o simplemente a piedra.

En vivo, probad en alto andamio los plurales
y ved quiénes son
los que una y otra vez tropiezan con el sol
y, estruendosamente, del *nosotros*,
caen.

(De *Basura mundi*)

-Escribo para defenderme. Escribir poemas tiene mucho que ver con un modo de resistencia, con un negarse a aceptar la pérdida del sentido que nos acosa. Pues, ¿cómo protegerse de tanta invasión de fantasía que traiciona o secuestra la realidad? ¿Cómo defendernos de esta *vida postiza*, que denunciaba Rilke?



El amor en tiempos del despido libre

No se miran ni son animales.
Vienen del río de la vida
y son señor y señora de agua.

Berrear saturados de antiguo testamento.
Se huelen y en la punta del alma
reconocen un sabor
que la naturaleza fabrica en serie.

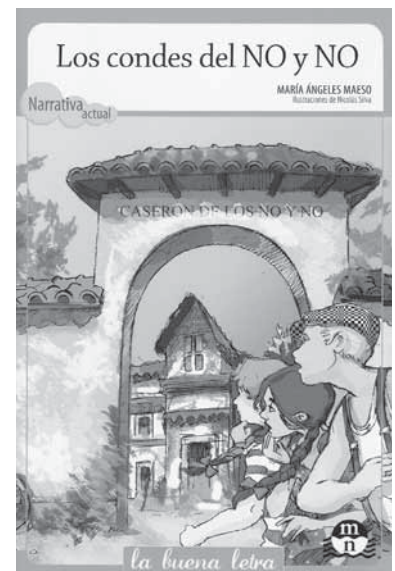
Se aprietan entre sí como las flores
del efímero mes de mayo,
con la fragilidad de los sábados en guardia.

Se husmean sabiéndose marchitables.
Se horadan con el grito de los gallos
que atraviesa tumbas,
el que llega de memoria
hasta aquí mismo
y me hace cerrar los ojos.

Se lamen. No pueden pronunciar
sus nombres. Ni sonreír.
Ni pensar en mañana.
Que es el tuyo o el mío,
pero no el de ambos.

De ellos no salen palabras,
sino agua.
Y esos sonidos
que la naturaleza fabrica en serie.

(De *Basura mundi*)



-Para usar las capacidades emancipatorias y el poder revelador del lenguaje. En la actualidad, vivimos dentro de símbolos en una medida mayor de la que lo hacemos dentro de nuestros propios cuerpos o en relación con los otros. Nunca hubo una sociedad tan uniformada, viendo los mismos objetos, componiendo la misma imagen "objetiva" de lo real. Padeciendo el mismo imperativo de la objetividad.

En una sociedad donde el miedo y el lenguaje son armas para oscurecer la realidad, la mirada subjetiva de la poesía tiene mucho que decir.

Ángel Fernández Benéitez



Ángel FERNÁNDEZ BENÉITEZ (Zamora 1955), se da a conocer como poeta con *Espirales*, un libro de juventud con el que gana el primer premio de poesía “Ciudad de Toro” en 1980. Por motivos de su trabajo como profesor de Lengua y Literatura, se desplaza a Lanzarote en 1982 y fruto de su encuentro con el mar y el mundo insular surge el libro *A la orilla del júbilo*, premio Esperanza Spínola de poesía. Durante su estancia en la isla, participa con el Programa de Animación a la Lectura del Cabildo insular en el programa *Cuentos a la carta*, para el que escribe algunos relatos como *El entierro de la barrillera*, *El soneto*, *El único cuento*, *La Bruja Harilla* y colabora en algunas publicaciones locales con ensayos como *La nueva contaminación*, *Paraísos artificiales*, etc. Otros títulos de poesía publicados durante su estancia en la isla son *Los ademanes cautos del deseo* (1988), *Epistolio* (1994), y *La conducta inocente*, (1998). En 1999, regresa a Zamora. En su ciudad natal es socio fundador de Magua Sociedad Literaria que contribuyó a la difusión y conocimiento de la obra de poetas. A este nuevo periodo pertenecen los libros de poesía *Cuaderno de otoño* (2002), *El ajuar de la noche* (2002), *El sistema en la niebla* (2004), *La mar inmóvil* (2007), *Blanda le sea* (2010).

Romería

Urge junio amapolas. La Gran Madre se mete entre los trigos. La acompañan romeros y dulzainas. Sabe a tierra esa sangre agitada de las flores. ¡Con qué calor derraman nuestra vida!

Urge junio amapolas. Duele el aire cargado del aroma del tomillo. Del cinamomo azul hiere el perfume esquivo como el beso que envenena el cobijo secreto de la sombra.

Urge junio amapolas, como muerte que adelantara heridas, como fuego que desbordara el tiempo de la hierba, el canto de los pájaros rendido en la ferocidad del mediodía.

Y urge junio amapolas encarnadas, tan frágiles aún, en rebeldía por el ardor futuro. Me mareo en esta marejada de las mieses y acaso me consumen rebosando de puro anticiparse las espigas.

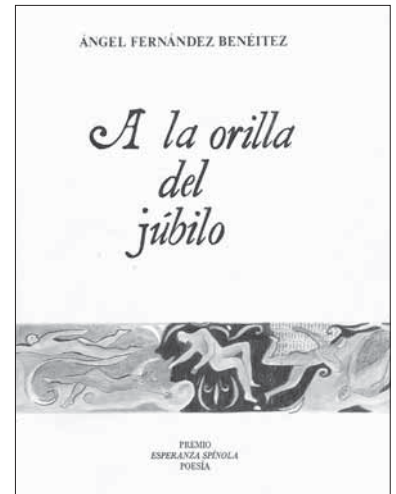
La diosa de la muerte se pasea.

Armonía

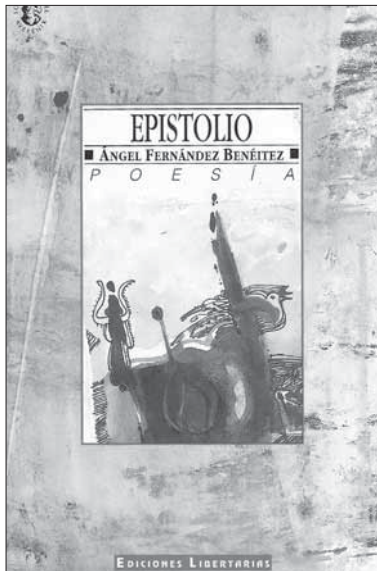
Después del nazareno, el imperio del lirio
y la centáurea grave, el aciano discreto
de pétalo quebrado,
el cansancio morado sin rastro de violetas.
Expone sus racimos la flor del altramuz
de esperanza purpúrea;
la cabeza soberbia del cardo cuánto pincha.
Bajo la piel del mundo
es invasión de sangre coagulada
la despótica trampa de las flores:
cerrado en su pasión el campo entero,
rey el dolor de la extensión que habito.

Los dientes de león reclaman amarillos.
Bien pronto fue el piorno, más tarde la retama.
Temprano las pamplinas rutilantes
entresacando el jugo de la tierra,
las manchadas cunetas de morones,
su cementerio antiguo abrioleando.
Sobre una cruz tendida,
me ciega el áureo rubio de la primera espiga.
Me llaga todavía entre los labios
ese color jilguero, que hace canto,
y todo el sol se ceba sobre la piel eréctil
de cada candilera: la gualda guarnición
de tanta muerte súbita en agosto.

Entre amarillo y cárdeno metido,
acaso fuera gozo la amapola.



No pongo en duda que pronto un buen científico de alguna universidad norteamericana descubrirá la determinación genética de la poesía, fenómeno lingüístico que pudiera considerarse síntoma de algún morbo casi siempre incurable. De momento, sólo me atrevo a fundamentar la biología del poema utilizando palabras de Séneca: *una situación si bien no deplorable, sí lamentable y penosa.*



Acaso por eso, el poeta sea solamente el que busca la salud en las palabras como si estas, en fórmulas descubiertas o aún por descubrir, ocultaran poderes sanadores sobre el vértigo del tiempo, el mal de amor, la angustia existencial y la insustancialidad de la vida, la soledad y el abandono, la melancolía..., también contra la falta de ignorancia, que suele curarse con la inocencia que desvela.

O acaso el poema esté constituido exclusivamente por señales de ausencia: voces susurradas y susurrantes que se abisman en el silencio, pistas que nos llevan hasta el oscuro corazón del bosque buscando a tientas ese palpito vital en que nos reconocemos porque nos sentimos, también como lectores al hacer nuestras las palabras de otros. Y quien se atreve a pisar en esa zona extraña, allí la goza o la padece.

Solicitud

No me dejéis aquí, bajo estos sauces,
que no dan buena sombra y hay avispas,
ni me dejéis tendido entre amapolas
que acribillan de furia la mirada.

Dejadme descansar entre los fresnos,
donde crezca la grama, o cobijado
bajo los arces rubios todavía
de verdes juveniles. Sin abrojos.
Junto a los altos álamos lombardos,
donde no haya sendero.
Apartadme de higueras.
Su sombra..., ya se sabe.

Dejadme consumirme sin testigos,
arrasado en robinias o eucaliptos,
escorado en las densas madre selvas.
Cerca de la retama sí:
que me llegue su olor dulceamarillo
envuelto con la brisa.

Si me dejáis morir
(y no lo pongo en duda,
pues no contáis con útiles al caso),
pero no halláis los arces juveniles,
los álamos lombardos
ni tan siquiera fresnos,
permitid que algún tilo me haga sombra.

Que no sea ciprés
ni suene pozo cerca.

Canción para Luisa

Has plantado las lilas y las rosas
junto al almendro viejo.

Has abierto ventanas y ventilas
las fosas abisales del pasado.

Las sábanas al sol tiendes desnudas
a cebarse de luz de primavera.

Has movido la tierra de la helada
para enhebrar las fucsias y las zinnias
en la esplendente faz de otro verano.

Te escondes sin oídos, si te canto,
para que no abandonen las palabras
no ya tu flor tranquila, mi silencio.

Y riegas esas varas de membrillo
recién plantadas hoy con agua tibia
para endulzar otoños menos fértiles.

Preparas la despensa del futuro,
las mermeladas suaves, la conserva...,
como si siempre fuéramos a usarlo.



BLANDA LE SEA

Ángel Fernández Benítez

Por ello, me temo que el poema sea un fruto azaroso porque surge y discurre de forma particular, encuentra su detonante en cosas distintas y exige sus propias palabras. Quizá pueda compararse a un viaje que precisa, según el lugar de destino, distinta ropa y diferentes útiles, y que ofrece en el recorrido parajes desiguales.

Por ello también, no puede hacer preceptos para la Poesía, tan solo posibilidades.

Carlos Ortega



Carlos ORTEGA (Valladolid, 1957). Una muestra de su tarea como crítico literario se recoge en el volumen *Lo excelso y lo raro. Ensayos sobre poesía y pensamiento* (Huerga y Fierro, 1997), aunque más extensa es su labor como traductor, que abarca desde las narraciones de Jules Verne (CDC, 1985-1989) hasta la poesía de Robert Walser (Icaria, 1998), pasando por los textos clásicos de Rousseau (Cátedra, 1985), Molière (Cátedra, 1986) o Hugo von Hofmannsthal (Plaza y Janés, 2002). Su último libro de poemas, *La perfecta alegría*, data de 2008 (Pre-Textos), aunque antes ha publicado *La lengua blanda* (Visor, 1994), *Recuentos* (ERE, 1992) y *Cruciare semetipsum* (Barrio de Maravillas, 1986). Entre sus publicaciones más recientes se cuentan el prólogo a las *Obras completas* de Paul Celan (Trotta, 2000), la edición de los *Cuadernos* de Simone Weil (Trotta, 2001), y algunas colaboraciones en libros colectivos, como *Claudio Magris. Argonauta* (Forum, 2009) *Wienzeilen. Die interkulturelle Anthologie* (ed. Fritz Niemann, Bibliothek der Provinz, 2009) y *Simone Weil. La conciencia del dolor y de la belleza* (Trotta, 2010).

Autorretratos

Para Claudio Magris

Autorretrato de ti

La mariposa se asfixió en tu pelo,
cayó el perfume; igual que los hombres
se pierden en el barullo de la historia,
así cayó el perfume,
se desdijo de ti,
y entregaste tu verdadero olor,
el aliento, tu ojo.

Corremos por la misma pista, meta
de la misma y repetida idea,
desde el principio al final de tus días,
siempre tú mismo,
como un caballo es un caballo.
No se perdona otro compromiso,
y cada cual tiene su perdición.

Dos especies de hombre

1

Me lo dije
a la manada de monstruos,
a la piel que los retiene y los doma,
y no quise escucharme.
Todo lo que se pierde, no se deja,
se queda dentro de uno
como monstruo
con una vida de monstruo
de secreta dulzura
y locuras de hogueras de gitanos,
al frío y al calor,
fuente de la bondad y de la cólera,
vida peligrosa en la inteligencia sólo.

2

Me crucé con mis hijos,
y no me conocieron;
me crucé con mi madre, mi mujer,
y no me conocieron.
Miraban con su fardo de mirar,
veían la costumbre de todos los días,
sin despertarse.

3

Con un volar de pétalos se va
lo que se pierde
con tiempo favorable,
la vida sale afuera,
a morir donde nace
sin peso,
gran brizna de nada,
burbuja traspasada por un rayo.

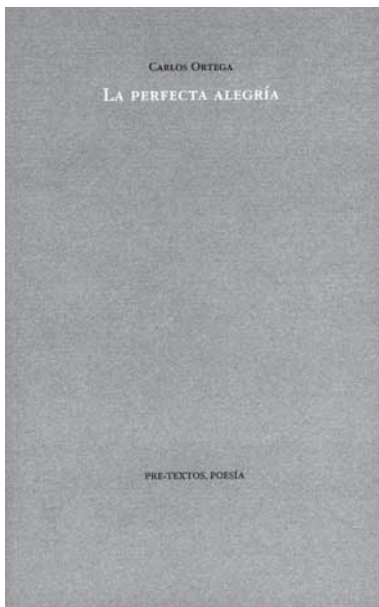


He escrito y reflexionado sobre lo que otros han escrito. He escrito y reflexionado sobre la escritura en general. Pero nunca, puedo decirlo, he reflexionado en verdad sobre el propio trabajo, sobre mi poesía. Seguramente porque me cuesta más que hacerlo sobre otros. Me cuesta separar las sensaciones elementales que entran en fusión en mis poemas y me cuesta dilucidar la materia tonal que los sostiene. Es decir, me cuesta obtener, como lector de mis propios poemas, el efecto de lectura que me pondría en disposición de poder hablar de ellos como un objeto separado de mí. Quiero decir que la emoción sentimental que tengo en la lectura no está despegada de la que tengo en la escritura de los mismos, y que, por tanto, no logro objetivarlos lo suficiente como para tomarlos como objeto de reflexión. Es decir, se me pide aquí que pase de la creación poética a la impresión estética sin solución de continuidad, como quien toma distintos platos pero dentro de un mismo menú. Mientras que la creación está impulsada por la imaginación, la impresión estética está legislada por el gusto. La una, la imaginación, corresponde al creador, y el otro, el gusto, al contemplador. Todos podemos ser creadores y contempladores a la vez, es cierto. Uno puede ser, incluso, un contemplador creativo, o un artista contemplativo. Sí, es verdad. Ahora bien, cuáles son los motivos primeros y los últimos fines de esta actividad de escribir, eso a día de hoy no puedo saberlo: uno respira por vivir.



4

Salir afuera,
al tiempo que deseca y lo endurece
todo,
homenaje de ceniza al éxito seguro,
girar en torno al argumento de la obra
como en torno a una trampa,
menos oscuro, cortado en líneas,
una planta ahogada por sus raíces,
una idea que sale de la basura,
y ser espectador
del juego de vientos y vapores
que los muertos manejan
con persuasión de vivos,
escapar de la ruidosa máquina
que envuelve el humo y la tierra
como una suerte
de químico intercambio
entre un clavo y un martillo,
reaparecer enseguida
al atardecer.



5

Imagen
única de esta cansina demora,
la apariencia
responde en este caso a la razón;
el rostro aún complicado,
un habitante de la luna,
un perro verde.

6

Falta tiempo
para que ambas caras se junten
en una sola felicidad.

Menos que un tango

Por un cuerpo disgregado, no dormido,
es lo que pagan, menos que un tango;
por una fe ronca, fea como el frío sucio,
no pagan más que por el abrazo
de un desconocido, el golpecito
de un pecho nuevo, por vez primera
íntimo.

La noche le hace
pensar tranquilamente en lo peor,
la noche viva de apariencias,
catedral gótica, columnata griega,
un reflejo de dedos en el vientre
en señal de adiós,
el paso que hay que dar,
entrar, salir
por una puerta que no es puerta,
exactamente un trago.

Una lágrima en un ojo es un dios,
anima tantos deseos,
un pequeño remolino en un gran río
de síes y de noes,
es una parte helada en el cuerpo,
una piedra que anima los deseos,
menos que un tango.



Angélica Tanarro



Angélica TANARRO nació en Madrid. Es licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense. Ha trabajado para diversos medios informativos, aunque desde el principio se decantó por la prensa escrita y pronto se especializó en información cultural. En 1992 fundó la edición de Segovia de El Norte de Castilla de la que fue co-responsable hasta su incorporación a la redacción central del periódico en Valladolid, donde ejerce su especialidad. Ha ejercido la crítica de arte y espectáculos, y ha publicado estudios de pintura contemporánea en numerosos catálogos de arte. Actualmente coordina el suplemento literario del periódico, "La sombra del ciprés". Es profesora de Redacción Periodística en la Universidad de Valladolid y forma parte de diversos jurados de premios literarios como el de la Crítica de Castilla y León. Ha publicado dos libros de poemas: *Serán distancia* (Ediciones de la Tertulia de los Martes, Obra Social Caja Segovia) y *Memoria del Límite*, este último con fotografías de Rafael Doctor en la editorial vallisoletana El Gato Gris que también publicó su poema 'Noche' con serigrafías de José Noriega para el libro *Escuela de Comercio*. También ha publicado cuentos y poemas en revistas especializadas como 'Encuentros' (publicación que codirigió), 'Caja baja', 'El signo del gorrion' y 'Cuadernos del Matemático'.

Diario

(I)

Ha llovido toda la tarde.
En el jardín
he enterrado las cartas de los muertos
y he vuelto a rezar.
He rezado por todas las palabras.

(II)

En la casa del silencio
resuenan las miradas de los ausentes

Un puño cerrado
guarda el eco de sus voces

Entre cuatro paredes
un corazón germina

(III)

Pregunto a tus cenizas

¿Te acuerdas de mi mano
—minúscula en la tuya—
aquel día de verano?
¿Te acuerdas del sol
sobre los peces
del brillo plateado de mi miedo?

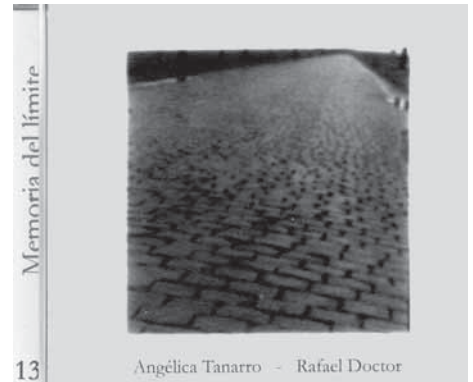
Fue nuestro primer viaje
el primer momento a solas que recuerdo
Tú me decías el nombre de las cosas
y yo no lo he olvidado
—buena chica—

¿Te acuerdas de una noche
de tormenta feroz
de tus brazos salvándome?
Fue nuestra primera aventura
El primer puerto franco de mi vida.

Pregunto a tus cenizas

¿Quién fuiste aquella noche
y aquel día de sol
y todos esos años sin palabras?
¿Dónde estuviste?
¿Y dónde estaba yo
el día en que empezaste
a desprenderte de tu vida?

No sé
adónde habrás llegado
pero sigo buscándote



Siempre me resulta difícil contestar a la pregunta de por qué escribo. Me resulta tan difícil como tratar de responder a la pregunta de por qué respiro. Quiero decir que aunque últimamente no parece estar bien visto lo cierto es que siento la escritura como una necesidad. En cualquier caso, y quitando hierro al asunto, leer y escribir (ambas cosas van de la mano y se alimentan) fueron para mí un asunto que se manifestó temprano y en el que me reconozco desde siempre. La escritura periodística vino después, con sus exigencias. La práctica del periodismo es casi un sacerdocio que puede acabar con toda la energía necesaria para la escritura. Con el tiempo, creo haber logrado un equilibrio muy humilde: que el periodismo no gane siempre la partida.

Con todo y a pesar del tiempo transcurrido (en el que suelto mis poemas con cuentagotas si es que me decido a soltarlos) me sigo identificando con Katherine Mansfield cuando decía: “En el umbral de la poesía me siento siempre temblando”. Ese temblor se convierte luego en un afán casi obsesivo por la corrección, así que mis inéditos suelen estar sometidos a revisiones y múltiples versiones. La otra gran pregunta sería para qué escribo. No tengo grandes aspiraciones. O sí. Una muy grande y que engloba a todas las demás y ya que la he convocado a este escrito vuelvo a usar las palabras de Mansfield: “Solo deseo sentir que también los demás ven”

Angélica Tanarro

SERÁN DISTANCIA



Album

(I)

Te reconoces en ese gesto del principio
de cuando odiabas las fotografías.
Esa luz que te cegaba,
el desconocido que venía a invadir
tu intimidad, a violentarte
aunque no tenías memoria ni rasguños.

Ahora es lo mismo.
El entrecejo partido,
la escritura del miedo,
los ojos encogidos
para ver y no ver
lo inevitable